

CAPITULO IX.

Valladolid, Jitnup y Chancenote.—Pierdense los pueblos del Oriente. (Marzo de 1848.)

Operaciones militares en el Oriente.—Los indios invaden á Chemax y se retiran despues de un combate rumbo al Sur.—Vuelven á mediados del mismo mes, y lo sitian por cuatro distintos lados de la poblacion.—Sale una fuerza de Valladolid para auxiliarlo.—Entra el auxilio y se dispersan.—Ocupan la hacienda Chulutan.—Derrota sufrida por nuestras tropas en dicha hacienda.—Pierdese Chemax.—Sitio de una fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Pacheco en Tikuch.—Brillante comportamiento de los Capitanes Molas y Troncoso.—Desocupacion de Tikuch.—Otro sitio que sufren en la hacienda Kuichechen las tropas que lo abandonaron.—Auxilianlas dos secciones que parten inmediatamente del cuartel general.—Incendio de Pixoy.—Marcha de D. Agustin Leon con doscientos hombres y dos piezas de artillería al pueblo referido, sin poder dar alcance al enemigo.—Expedicion del primer Ayudante D. José Maria Vergara á Uayma.—El Coronel D. Victoriano Rivero bate con una fuerza respetable á Ebtum.—El mismo Jefe se dirige al siguiente dia á la hacienda San Lorenzo.—Los indios incendian á Uayma.—Sale una fuerza á perseguirlos á las órdenes del primer Ayudante Vergara, pero no les dan alcance.—Llega á la ciudad el primer auxilio de fuerza, víveres y parque.—Entusiasmo en la poblacion, heroicidad de las familias.—Sería amenaza de sitio por el camino de Chichimilá.—El Coronel Rivero acompañado del primer Ayudante D. Angel Rosado, desaloja á los indios de once trincheras y se apodera del ya indicado pueblo de Chichimilá.—Córtanle la retaguardia á su regreso; bátense en el tránsito serenamente sin dispersarse, pero ese mismo dia queda sitiada la ciudad.—Fuego incesante de artillería y de fusilería para impedir á los sitiadores sus trabajos de circunvalacion.—Magnánimo comportamiento de los oficiales de artillería D. Mariano Trejo y D. Juan Polanco.—Ciérrase el sitio completamente.—Incomunicacion entre la ciudad sitiada y la capital.—El Comandante en Jefe Leon en vista de esto, hace salir por caminos extraviados un correo conducido por doscientos hombres hasta Tinum, por cuyo único medio se pone en comunicacion con Izamal.—Entrada de un segundo convoy de armas, parque y víveres á la ciu-

dad.—Los indios permanecen en inacción por muchos días.—D. Miguel Bolio con ciento quince hombres fuerza el sitio por el camino de Pixoy, y penetra hasta la plaza en donde se incorpora á la guarnición.—Los indios que ocupan el camino de Tikuch piden parlamento.—Proposiciones que hicieron al Vicario de la parroquia D. Manuel Antonio Sierra y á D. Miguel Bolio que salieron á hablar con ellos.—Establécese un armisticio por esta causa, pero durante él, desaparecen á Chancénote y levantan una trinchera á tiro de fusil de nuestros atrincheramientos.—Inicianse de nuevo las hostilidades.—Vuelven á batirse nuestras tropas en Chichimilá.—El valiente Coronel Rivero marcha al siguiente día á Çitnup, donde sufre una derrota de gran consideracion.—Consternacion en la ciudad.—Abatimiento entre las familias y tropas de la guarnición.—Segunda salida de nuestras tropas para Çitnup.—Horrible derrota que vuelven á sufrir allí.—Mueren, el valiente D. Miguel Bolio, ocho oficiales y mas de ciento cincuenta hombres de tropa.—Nueva consternacion y abatimiento en la ciudad.—Sale custodiada una gran parte de las familias para Tunkas.—Piden parlamento los indios por segunda vez.—Afluencia de Jefes y oficiales que concurren á hablar con ellos en una hacienda llamada Jalal.—Pérfida traicion con que se llevan prisioneros á una gran parte de ellos.—Condúcenlos á Çitnup en donde los asesinan.—Junta de Jefes y oficiales para tratar de la defensa ó desocupacion de la ciudad.—Resuélvese la desocupacion.—De que manera se verificó.—Desbándase la vanguardia en Popolá.—Incéndianse los carros de parque.—Las mismas tropas roban lo único que pudieron sacar las familias.—Llegan á Espita en completa dispersion, tomando en seguida el camino de Buctzotz.—Insurrecciónanse contra sus Jefes y oficiales en Chemax, resistiéndose á ir á ocupar á Izamal.—Únicas tropas que quedaron en el Oriente.—Defensa de Calotmul, Tizimin y Rio-Lagartos por el valiente Capitán D. Sebastian Molas.—Replégase con sus fuerzas, y las familias á Campeche, de cuyo punto se separa en union de aquellas dirigiéndose inmediatamente á Mérida.—Razon que tuvo para verificarlo.—Desesperacion de D. Santiago Méndez.—Trabajos de la comision pacificadora en Tekax.—Dáse un decreto aboliéndose la contribucion religiosa.—Recursos desesperados.—Explicanse cuales fueron éstos.—Entrega el Gobierno D. Santiago Méndez á D. Miguel Barbachano.—D. Miguel Barbachano Gobernador.

HAY una cosa por todos reconocida en la historia política de los pueblos, y es que aquellos que por su riqueza, sus habitantes, sus tradiciones históricas, su situacion topográfica, todo aquello en fin, que los hace aparecer como uno solo, absorviéndose la vida de los que los rodean, como el sol que apaga con su resplandor la luz de los otros planetas, sus sa-

télites, tienen que levantar ó declinar con su gloria ó su desgracia, la balanza política de las naciones ó de los estados á que pertenecen. ¡Ay de la Nacion! si tal ó cual pueblo cae en manos del enemigo, se ha dicho por esta causa cuando los pueblos han atravezado violentas crisis en defensa de la Independencia nacional, y por eso tambien, cuando alguno de ellos ha sido vencido en la pelea, parece que no se encuentran palabras suficientes en el idioma, para explicar aquella calamidad. Entónces, tal es la impresion que se recibe, que solo se pone con grandes signos ortográficos; ¡cayó por fin! El enemigo profana allí la tumba de nuestros abuelos.

Por el contrario, cuando las tropas reconquistadoras del territorio han arrancado del poder del enemigo una de esas grandes poblaciones, los periodistas entusiasmados no cortan su lenguaje sino lo extienden, no usan de los signos de admiracion para manifestar que el dolor les ahoga la palabra, sino para explicar el entusiasmo que los anima. ¡La bandera de la libertad dicen, flamea en las torres y campanarios de tal ó cual ciudad! El enemigo corre despavorido. ¡Nuestras tropas triunfan por todas direcciones! ¡La hora fatal se aproxima ya para los tiranos! ¡Loor eterno, gloria imperecedera á los defensores de la patria. Tales han sido los pensamientos que han venido á llamar nuestra atencion, al dar principio en el capítulo presente, á los sucesos relativos al sitio y desocupacion de Valladolid.

Valladolid, en efecto, cabecera de grandes y ricos pueblos en la parte oriental de la Península, grande y rico él mismo con un número como de veinte y cuatro mil habitantes en el casco de la Ciudad, dividida ésta por barrios, en donde el viajero contempla todavía hermosos templos, conventos espaciosos, curiosas arquerías, y una fresca arboleda que así la engalana con su verdura, como la embellece con sus perfumes, era el objeto de las preferentes atenciones del Gobierno del Estado, que veia en su desgracia si llegaba á caer en manos de los indios, la ruina y la desgracia de todas las

poblaciones de su dependencia, con gran perjuicio de los intereses de Yucatan. Por eso, no solo se habia puesto allí una guarnicion como de mil quinientos hombres, sino se le habia provisto de víveres, artillería y toda clase de pertrechos, confiando el mando militar del Distrito en sustitucion de D. Eulogio Rosado, al Teniente Coronel de infantería permanente, Coronel de Guardias Nacionales D. Agustin Leon, que bien pronto tuvo que dar principio á sus operaciones por la audacia con que los indios se acercaban á la Ciudad.

El 4 de Diciembre, víspera del primer combate que tuvieron nuestras tropas en Ichmul, el Capitan de Seguridad pública D. Francisco Dominguez, le comunicaba por extraordinario que los bárbaros habian querido asaltar dicho pueblo, presentándose á las cinco de la mañana frente á su línea de fortificaciones, con cuyo motivo se habia trabado un combate entre ellos y las tropas que salieron á batirlos, hasta las tres de la tarde que se retiraron rumbo al Sur.

A mediados del mismo mes de Diciembre, cuando tambien Ichmul sufría el riguroso sitio de que hemos dado cuenta ya, el Capitan Dominguez participaba de nuevo que el enemigo habia vuelto á presentarse hostilizando su línea de defensa, ya no para emprender ningun asalto sino para sitiario, segun que se ocupaba de levantar sus parapetos por cuatro distintos lados de la poblacion. Entónces el comandante Leon para auxiliario, hizo salir al primer ayudante del Batallon *Constitucion* D. Fermin Irabien, con una seccion de ciento cincuenta hombres y una pieza de artillería, mandada por el valiente oficial D. Mariano Trejo.

Irabien con dicha fuerza, emprendió su marcha violentamente de Valladolid, habiendo tenido que batirse á la entrada de Chemax á donde consiguió llegar, no sin lamentar pérdidas de alguna consideracion, que por cierto consistieron en treinta y seis hombres que tuvo fuera de combate, como que los indios hicieron un esfuerzo desesperado para no dejarlo entrar. Afortunadamente, debido á este auxilio que llegó con la debida oportunidad, se retiraron los sitia-

dores por diferentes direcciones, comunicándose la noticia de este acontecimiento á Valladolid no de oficio, sino por el conducto de dos valientes jóvenes de la fuerza auxiliadora que se ofrecieron á verificarlo sin fuerza alguna, habiendo sido estos D. Joaquin Maria Vales y D. Antonio Rosado de las principales familias de dicha Ciudad.

Pocos dias despues, como si el enemigo no hubiese querido descansar un solo instante, en su afan de aislar Valladolid, destruyendo sus alrededores, cayó súbitamente sobre la hacienda Chulutan á donde fué necesario que marchara una fuerza, compuesta de dos ó trescientos hombres á las órdenes del Teniente Coronel D. José Dolores Baledon, disponiendo D. Agustin Leon que tambien el primer Ayudante Irabien saliera de Chemax para obrar en combinacion con dicho Jefe, llevando distintas direcciones, á fin de proceder con mas acierto en su expedicion. Desgraciadamente, sin embargo, solo la última de estas fuerzas pudo llegar tranquilamente á su destino; pues el Teniente Coronel Baledon fué derrotado completamente, regresando casi en dispersion á Valladolid. Irabien no encontró en Chulutan mas que los cadáveres que quedaron en sus inmediaciones, con cuyo motivo contramarchó para Chemax, despues de haber explorado tranquilamente el campo.

Pero una vez ya en Chemax, cincuenta ó sesenta hombres del batallon *Libertad* de Campeche que pertenecian á su seccion, se insurreccionaron en la Iglesia de dicho pueblo, habiendo tenido que embocarles una pieza de artillería para poderlos contener. Pedian esos hombres regresar á Valladolid, deseo que si no consiguieron realizar en el momento, á los pocos dias, sin embargo, salieron con su gusto, por haberles presentado el enemigo esta oportunidad. Chemax por fin fué abandonado el 30 de Diciembre, replegándose su guarnicion al referido Valladolid.

Naturalmente, este acontecimiento que daba á los indios mayores brios en sus operaciones, hizo que á los tres dias el 3 de Enero, tuviese lugar en el pueblo de Tikuch un com-

bate mas. Situado allí el Teniente Coronel D. Vito Pacheco por disposicion del Comandante en jefe Leon para que estuviera como en observacion de lo que pudiese hacer el enemigo, amaneció el referido dia 3 sitiado por todas direcciones por aquel que al mismo tiempo que formaba su línea de circumbalacion en los alrededores del pequeño pueblo, atronaba con su vocería, sus mitotes y otros instrumentos rústicos cuya algazara tenia casi sordas á nuestras tropas que dificilmente podian oír las órdenes de sus Jefes.

En este estado de cosas, dispuso el Teniente Coronel Pacheco mandarlos á batir, habiendo salido para el efecto el Capitan D. Sebastian Molas en union del de igual clase don Gumesindo Troncoso, jóven valiente el primero que de oficio habia organizado una fuerza con el nombre de seccion auxiliadora de Tizimin, para ocurrir á la defensa de Valladolid, quienes hicieron prodigios de valor para arrancar á los sublevados de sus trincheras, no habiendo conseguido triunfo alguno desde las siete de la mañana que salieron, hasta la una del dia que verificaron su regreso. Entónces Pacheco, casi gastado ó consumido el parque que tenia, forzó la línea de trincheras del enemigo y se retiró á Valladolid, pero no tan tranquilamente como se debe suponer.

Interpusiéronse los indios á vanguardia y retaguardia de una hacienda llamada Kuichechen que á duras penas habia podido alcanzar, habiendo sido necesario que D. Agustín Leon, hiciera salir de la plaza ciento cincuenta hombres con dos piezas de artillería, al mando del primer Ayudante de infantería permanente D. Tomas Fajardo para protegerlo, fuerza que detenida, desgraciadamente en el tránsito por el fuego de las emboscadas, no pudo continuar ó penetrar en Kuichechen á donde segun instrucciones que llevaba el jefe de ella debia llegar.

Hora y media despues de su salida, llegaron á la plaza las dos piezas de artillería con su guardia ó su custodia de infantería, que fueron retiradas de antemano por haberse desmontado dando parte el oficial que las condujo de per-

manecer la tropa que habia salido, batiéndose á una vista de Kuichechen. D. Agustín Leon al ver lo que pasaba, salió él mismo con doscientos hombres y otras dos piezas de artillería, con cuya fuerza pudo avanzar hasta Kuichechen, en donde encontró á las tropas del Teniente Coronel Pacheco libres del enemigo, por haberse retirado aquel para Tikuch. Todavía sin embargo de esto, quiso continuar de frente dicho jefe para escarmentarlo, no habiéndolo podido conseguir por ser ya como las cuatro de la tarde, hora en que no habia tomado ni el desayuno la del Teniente Coronel Pacheco que se habia estado batiendo todo el dia, desde las cinco de la mañana que se le sitió.

Por esta causa emprendió su retirada para Valladolid, en cuyo punto hizo su entrada á las oraciones de la noche, conduciendo treinta heridos pertenecientes á la seccion del Teniente Coronel Pacheco, despues de haber dado sepultura á diez y nueve muertos en Kuichechen. Contábase entre estos últimos el Subteniente del batallon *Libertad* D. Julian Jáuriga; pero no de bala, sino de un accidente repentino que acabó con él. En fin, distinguiéronse por su valor y su actividad en el peligro, los Capitanes Molas y Troncoso, que ni un instante desmayaron, así como los Coroneles D. Pastor Gamboa y D. Victoriano Rivero que voluntariamente acompañaron al primer ayudante Fajardo cuando salió de Valladolid para Kuichechen.

Despues de este acontecimiento, los indios mas tenaces y soberbios con un auxilio que les fué llevado del partido de Tihosuco por Cecilio Chí, segun declaracion de un sirviente del Cura Maiz presentado á D. Miguel Bolio despues de la desocupacion de Ichmul, cayeron sobre el pequeño pueblo de Pixoy, distante una legua nada mas de Valladolid por el camino que conduce á la Capital, de cuyo punto desalojaron á su guarnicion, aunque no sin que hubiese habido entre los unos y los otros un combate que duró como el espacio de una hora y media con toda desesperacion. D. Agustín Leon por esta causa volvió á salir, siempre con doscientos hombres

y dos piezas de artillería en union de los primeros ayudantes D. Francisco Oviedo, D. Angel Rosado, y D. José María Vergara con el objeto de batirlos, aunque habiendo tenido la desgracia de no encontrarlos regresó inmediatamente á Valladolid, dejando suficientemente guarnecido el pueblo yá incendiado como se debe suponer, y disponiendo al dia siguiente que el primer ayudante D. José María Vergara saliera con cien hombres para Uayma, una legua despues de Pixoy, no solo para dar mas seguridad á dicho punto, sino tambien para inspeccionar cuidadosamente lo que hubiese hecho el enemigo por el camino real.

Vergara en efecto, cumpliendo con las instrucciones que le dieron, llegó tranquilamente á Uayma sin mas inconveniente que haber limpiado el camino de la obstruccion en que lo encontró; inspeccionó en seguida los lugares que le parecieron peligrosos, y por último hizo su regreso á Valladolid sin haber encontrado en ni una ni en otra parte á los incendiarios de Pixoy.

Tal vez por esto, hasta la fecha de estos últimos acontecimientos, D. Agustin Leon todo entusiasmado decia al Gobierno del Estado, que aunque la tropa que guarnecia Valladolid, no era suficiente para combatir al enemigo en sus alrededores, podia sin embargo asegurar quo por lo que era la ciudad jamas quedaria abandonada de parte suya: que eso solo lo haria en un caso extremo, salvando el decoro de las armas que tenia el honor de mandar.

Y acaso guiado tambien de ese mismo entusiasmo que lo animaba, mandó batir al enemigo que despues de haber incendiado Pixoy se habia posesionado del pueblo de Ebtum, siempre muy á las inmediaciones de la ciudad. Con este objeto hizo salir el 8 del mes de Enero al Coronel del Batallon *Constitucion* D. Victoriano Rivero, acompañado del primer ayudante D. Angel Rosado que tan buenos servicios habia empezado ya á prestar al país, protegidos estos dos Jefes por otra seccion que debia emprender su marcha desde Pixoy, encabezada por el no menos valiente y tantas ocasiones

honorificamente mencionado D. José María Vergara, antiguo caudillo de la libertad en Yucatan.

Aquellas tropas avistaron pues á Ebtum á las once y media del dia, hora en que rompieron por todas direcciones sus fuegos sobre los bárbaros, hasta la una en que gracias al arrojo del Teniente de Guardia Nacional D. Liborio Cervantes, pudieron penetrar todos ellas á la plaza, en donde ademas de dispersar á sus defensores, se hicieron de un botin constante de una cabeza de ganado, algunos caballos rocines, muchas bestias mulares y mas de sesenta suelas de res. La pérdida de nuestras tropas consistió en diez heridos y cinco muertos, contándose entre los últimos el Subteniente Don Gregorio Castillo que fué la primera víctima del enemigo, pues una bala le quitó la vida al enfrentar con la primera trinchera en el cabo mismo de la poblacion.

Al dia siguiente de esta accion, el mismo Coronel Rivero á pedimento suyo, marchó con doscientos hombres y dos piezas de artillería á la hacienda San Lorenzo, en donde despues de una hora de combate desalojó de alli á los indios, con pérdida de cinco heridos y cuatro muertos, regresando en seguida á Valladolid. Los indios sin embargo, no desmayaban un solo instante, ni perdian la esperanza de hacer sucumbir á los defensores de la ciudad.

Un poco despues de haber regresado la fuerza expedicionaria de San Lorenzo, invadieron el pueblo de Uayma que incendiaron, llevándose prisionero á su anciano cura párroco D. Alejandro Villamil, sin haberles podido dar alcance una fuerza de doscientos hombres que salió á perseguirlos á las órdenes del incansable primer ayudante D. José María Vergara, quien ademas de esto llevó instrucciones de continuar su marcha hasta Tinum, con el objeto de auxiliar la entrada de un convoy de víveres que debia llegar á Valladolid. A los dos dias en efecto, entró el convoy, custodiado no solo por la fuerza del primer ayudante Vergara, sino por otra de doscientos hombres de la Capital mandada por el Capitan D. Félix Hernandez, que afortunadamente habia podido llegar

hasta á Tinum sin novedad, hecho que no pudo ménos que entusiasmar á las familias que por sus propias manos hacian hilas y vendas para los heridos, asi como muchas ocasiones rancho y desayuno para las tropas de la guarnicion.

Por último, el 19 de Enero, los indios amenazaron seriamente la Ciudad por el camino de Chichimilá, razon por la que salieron inmediatamente doscientos hombres á batirlos, encabezados por el valiente Coronel Rivero en union del primer ayudante D. Angel Rosado, ambos á cual mas valientes como lo habian sabido demostrar, y á la verdad que no desmintieron ese dia ni ellos ni la tropa que encabezaron, lo que podian hacer en defensa de Valladolid. Una en pos de otra, desde el cabo de la Ciudad hasta la plaza misma de Chichimilá, le quitaron al enemigo once trincheras, desalojándolo al mismo tiempo de sus emboscadas, aunque causándose los unos y los otros desgracias de gran consideracion como se debe suponer.

Los indios empero, léjos de abatirse al contemplar la bravura de nuestras tropas, por el contrario, retrocediendo ocultos por el bosque, procuraron por cortarles la retaguardia á su salida, habiendo tenido que batirse con ellos, con tal motivo, casi desde el cabo mismo de Chichimilá hasta que volvieron á entrar en Valladolid. Pero Valladolid desde ese mismo instante estaba sitiado ya. No tan pronto habia llegado á la plaza la fuerza expedicionaria, cuando una griteria simultánea en toda la línea de defensa, vino á estremecer en sus cimientos la ciudad, sosteniéndose con tal motivo un nutrido fuego de fusileria y de artillería, para impedir los trabajos de circunvalacion de parte de los indios, hasta cuatro dias despues que vino á calmar por fin. D. Agustin Leon decia en su parte oficial, refiriéndose á este acontecimiento, lo siguiente:

“ Sesenta horas hace que sostengo un fuego sin intermision, contra el enemigo que me bate por las tres cuartas partes de mi línea de circunvalacion, sin haber podido avanzar un paso ni ocupar una de las innumerables trincheras que sostienen

mis valientes soldados, habiéndose atrevido únicamente á incendiar algunas casas que rayan en la línea; favorecidos por la noche, por el bosque, y por su práctica en los breñales.—En la cuarta parte de la línea que me han dejado abierta, se cuentan los caminos de Calotmul, Espita y Pixoy, siendo este último el de comunicacion con la capital. Esta circunstancia me hace esperar que el enemigo aunque en excesivo número, superior á mis tropas respeta mi posicion y me convida á tomar la retirada, cuya resolucion solo la tomaré en el muy último caso, aunque me persuado que tal vez no la llegaré á tocar.—En seguida pedía los recursos que juzgaba necesarios para la defensa de la ciudad, y por último concluía recomendando por su brillante comportamiento en los cuatro primeros dias de sitio, á los Subtenientes de artillería don Juan Polanco y D. Mariano Trejo.”

Nada mas sin embargo, se pudo saber de Valladolid durante el espacio de seis dias, despues de recibir el Gobierno del Estado aquella comunicacion oficial, por haber ocupado los indios á Popolá á cuyo Cacique asesinaron, interceptando de este modo la única via de comunicacion entre la ciudad sitiada y la de Izamal, pues tambien los otros caminos estaban cerrados ya. El Comandante Leon en vista de esto, hizo salir un correo por caminos estraviados hasta Tinum, conducido por doscientos hombres que debian permanecer en dicho pueblo, mientras continuaba la correspondencia hasta Izamal. Afortunadamente, pudo conseguirse esto sin novedad, habiendo dado por resultado el que se le remitiera un nuevo auxilio de armas, parque y víveres, conducido hasta la plaza por los doscientos hombres que quedaron en Tinum, cuya entrada se verificó en medio de los aplausos de las familias de la ciudad que todavía se conservaban serenas, sirviendo de ángeles tutelares á los heridos que penaban en su lecho de dolor.

Los indios hasta entonces, con motivo de haber convocado Jacinto Pat á los caudillos principales para una reunion en Tihosuco, con el objeto de tratar de las relaciones de paz iniciadas por la comision pacificadora situada en Tekax, permane-

ean en sus parapetos que sabian realzar cuando la artilleria de la plaza los destruia, pero de allí no salian ni hacian esfuerzo alguno para mejorar de situacion. Una vez que otra nada mas, cuando salian las guerrillas á tirotarlos, era cuando sacudian aquella especie de marasmo, haciendo fuego y atronando con sus gritos que muchas ocasiones recreaba á las familias léjos de abatirlas, pues de este modo se encontraba el espíritu público en Valladolid, sostenido ó fomentado, aunque con grandes sacrificios y á larga distancia, por el Gobierno.

Desde el 19 de Enero que dió principio el sitio de la ciudad, hasta principios de Febrero, no solo habian entrado allí los dos convoyes á que nos hemos referido, sino tambien un auxilio de ciento quince hombres, llevado de una manera heroica por el nunca ponderado valiente D. Miguel Bolio, que casi cumplia su palabra de honor, volviendo á la campaña despues de restablecida su salud, habiendo tenido que batirse desde Pixoy, forzando grandes trincheras del enemigo para poder abrirse paso, hasta que por fin llegó á la plaza con pérdida, es verdad, de quince ó veinte hombres que tuvo fuera de combate; pero con gran regocijo de la poblacion.

Y todavia un poco despues, el 12 de Febrero, las campanas de la iglesia parroquial, anunciaban la entrada de otro convoy de víveres, constante de nueve carros y doscientas mulas que hizo crecer el entusiasmo de las familias y tropas de la guarnicion. Tal vez por esto, los indios que ocupaban el camino de Tikuch pidieron parlamento al otro dia, haciendo á D. Miguel Bolio y al Vicario D. Manuel Antonio Sierra, que salieron á hablar con ellos, las siguientes proposiciones:

- 1ª. Reduccion de la contribucion personal, á un real mensual
- 2ª. Devolucion de las armas que les quitaron.
- 3ª. El castigo de Vazquez y Trujeque que los engañaron y maltrataron.
- 4ª. Indemnizacion de los perjuicios que éstos les causaron.
- 5ª. Reduccion de derechos de estola á diez reales el casamiento y tres el bautismo en la clase indígena
- 6ª. y última que el señor Barbachano se presentara en per-

sona á oír sus quejas para que éste garantizase las gracias que se les hiciesen.

Esto sin embargo, no era mas que un engaño para entretener. Concedido un armisticio que pidieron para presentar sus proposiciones por escrito, ofreciendo que lo verificarian por conducto de Bonifacio Novelo y Bernardino Chan, durante él cayeron con todo el grueso de su fuerza sobre Chancenote, de cuya magnánima defensa vamos á decir aunque sean unas cuantas palabras nada mas.

Amagado este pueblo heroico desde Agosto del año próximo pasado, sus habitantes no solo habian sabido hacerlo respetar de sus enemigos, sino que habian tenido la audacia de practicar varias expediciones sobre diversos lugares ya ocupados, batiendo con éxito favorable las diferentes fracciones que se les presentaban. Una de esas expediciones, la última por cierto que practicaron, fué el 10 de Febrero de 1848, sobre el pueblo de Sisbichen, en donde despues de derrotar á los sublevados, se retiraron á Chancenote con el objeto de proveerse de parque y víveres, á fin de volver con el mismo entusiasmo que antes á perseguirlos, cosa que entonces no pudieron conseguir porque habia sonado la hora del sacrificio que pronto habia de tener lugar.

Los indios que comprendieron todo lo que valia la fuerza que los habia tenido siempre á raya, pues que no solo como hemos dicho no habian podido ocupar Chancenote, sino que eran perseguidos por todas direcciones, replegaronse á su cuartel general de Tesoco, despues de la derrota de Sisbichen, en donde reuniéndose en número como de mil quinientos ó dos mil, se dirigieron en seguida al referido Chancenote, cuya guarnicion compuesta únicamente de sesenta hombres, admira de cirlo, les hizo ver todo lo que pueden el valor y la resolucion.

El dia 10 de Febrero pues, á las seis de la mañana, habiéndose divisado al enemigo, salió en el acto con indecible arrojito una guerrilla á detenerlo, con la cual se empeñó como era de esperarse, un combate desigual que dió por resultado la muerte de diez y ocho hombres en menos de un cuarto de hora, y

que fuesen perseguidos hasta la plaza los demas. Reunidos sin embargo, en el atrio de la iglesia los cuarenta y dos hombres que quedaban, sostuvieron contra sus agresores un nutrido fuego de fusileria hasta las doce del dia siguiente en que otra guerrilla de veinte y cinco hombres, custodiando un número considerable de familias, se abrió paso á la bayoneta, atropellando los atrincheramientos enemigos, sobre los cuales pasaron, mugeres, ancianos y niños, hecho que no pudo menos que indignar á sus contrarios que tomaron en medio de su coraje la última resolucion. Fué ésta la de apoderarse á viva fuerza de la iglesia, asesinando á algunas familias que permanecian en dicho lugar, y prendiendo fuego á los altares, á los paramentos sagrados, á las imágenes, á todo en fin, lo que encontraron, cuya inmensa llamarada vino á cubrir de humo casi toda la poblacion. Entonces, los únicos veinticinco hombres que quedaban, refugiados despues del asalto del atrio, en la altura de la iglesia, se resolvieron á morir, vendiendo cara su existencia, para lo cual bajaron con toda resolucion calando bayoneta algunos, repartiendo machetazos los demas, en medio del humo y de las pavesas del incendio que tenian encima, con cuyo acto intrépido, no solo consiguieron abrirse paso, sino aun llevar á sus heridos á quienes condujeron serenamente á Tizimin, de cuyo punto, es verdad que les habia sido enviado un auxilio, pero llegó ya tan tarde, que los heróicos defensores de Chancnote habian hecho inmortal su nombre, perteneciendo desde esa fecha á las páginas de la historia, en las cuales colocamos, por que asi lo exige la justicia, el de dos valientes oficiales que los supieron encabezar: llamábanse éstos Miguel Pardo y Marcelino Aguilar.

Pero ademas de ésto, es decir, ademas de lo que los indios hicieron en Chancnote, faltando á su palabra comprometida de no hostilizar, mientras presentaban sus proposiciones por escrito, levantaron una trinchera en una pequeña colina por el camino de Chichimilá, situada á tiro de fusil de nuestros atrincheramientos, visto lo cual por D. Agustin Leon mandó á batirlos con cien hombres á las órdenes del Coronel Rivero,

habiendo vuelto de este modo las hostilidades en todo su vigor, pues vino á convertirse aquello en un combate, cuyo desenlace fué á tener lugar en la plaza misma de Chichimilá, debido á la decision y arrojo, así del Coronel Rivero, como de los oficiales D. Joaquin Mézquita y D. Manuel Iturrarán. No conformes estos valientes con haber desalojado al enemigo de la trinchera puesta en la colina, avanzaron, llevados de su entusiasmo hasta Chichimilá, no tranquilamente, sino sufriendo pérdidas de alguna consideracion, con la circunstancia ademas de haberseles sitiado no tan pronto se apoderaron de la poblacion.

Por eso en defensa de ellos, salió en el acto D. Miguel Bolio con doscientos hombres y dos piezas de artillería, con cuya fuerza, cayendo sobre los sitiadores á retaguardia, hizo salir á los que allí se hallaban, volviendo en seguida con todos ellos á Valladolid, afortunadamente sin novedad. Mas ¡ay! este era el último triunfo de nuestra valiente guardia nacional, el último esfuerzo satisfactorio de la guarnicion.

A los diez dias de aquel acontecimiento, el 25 de Febrero de 1848, entusiasmado el Coronel Rivero, con el triunfo que habia obtenido en Chichimilá, pidió salir para Oitnup con trescientos hombres, permiso que en el instante le fué concedido no solo por su valor reconocido, sino tambien por el conocimiento que tenia de los alrededores de Valladolid. Con este motivo salió en efecto, batiendo en su tránsito á los sublevados, no solo en sus trincheras de las cuales los fué desalojando heróicamente, sino tambien de sus emboscadas, que aunque entonces no se conocia el sistema ventajoso de flanquearlas, el valor de nuestras tropas las nulificaba, avanzando á pesar de los mortíferos tiros que desde ellas recibian. De esta manera, verificó por fin, su entrada en Oitnup, en cuyo punto no encontró mas que al cura Villamil que acostado en una hamaca en la sacristía, sostenia consigo mismo un vivo soliloquio que revelaba la enagenacion mental de que era víctima, debido así á la situacion en que se hallaba, como á su avanzada edad. “¡ Franceses ! dijo con admiracion, cuando vió